

La epopeya de la clausura Maximiliano, aforista

Christopher Domínguez Michael

El otro día pasé por el Cerro de las Campanas y me acordé de los aforismos de Maximiliano, que allí fue fusilado y busqué mi nota sobre las *Máximas mínimas* del segundo y último emperador de México, epilogadas hace ya casi una década por el poeta y ensayista Luigi Amara, quien decía: “Pocos emperadores han seguido el ejemplo de Marco Aurelio de poner sobre el papel sus pensamientos y sentencias; menos aun han tenido la suerte de terminar inmortalizados en un corrido norteño. Maximiliano de Habsburgo es quizá el único del que pueden decirse ambas cosas, que lejos de ser meros accidentes en su vida acaso bastarían para completar su retrato, pues denotan por un lado la amplitud de horizontes del gobernante, y por el otro recuerdan la animadversión casi unánime que el pueblo mexicano le profesó y que lo llevaría a la muerte en el Cerro de las Campanas en 1867”.

Última parte de los *Recuerdos de mi vida* (1869), estos aforismos retratan al joven aristócrata que se haría, en mala hora, del fallido imperio mexicano, un príncipe, “indeciso, distraído, poco disciplinado, de sentimientos nobles y lleno de ilusiones”, según nos dice el novelista Fernando Del Paso en el prólogo. De estas *Máximas mínimas de Maximiliano de Habsburgo* (Tumbona, 2006), al parecer escritas originalmente en alemán, subrayo un puñado:

† Cada hombre tiene su locura particular y el que no la tuviera no sabría conducir al movimiento general del mundo.

† En la mesa, entre personas de buena educación, tiene grandes ventajas el último lugar: se come sin ser visto y por las miradas

recíprocas de los otros convidados se descubre cuáles son los bocados más grandes y mejores.

† Un hombre de edad avanzada que sobrevive a los de su época —y a quien se le considera como prodigio de longevidad y se le sostiene artificialmente— es un ob-

jeto cuya vista desagrada y aflige. Yo lo comparo al último representante de una dentadura destruida, que sobrevive a sus vecinos, que para nada sirve, que sólo es un monumento del pasado y no se le conserva con esmero sino como una especie de memento mori. El anciano y el diente son las piedras milarias que marcan el ca-



Maximiliano de Habsburgo

mino recorrido y anuncian que está próximo el fin de la jornada.

† El pietismo ha debido inventarse para contener en la pendiente del catolicismo a muchos protestantes, para cuyas almas es demasiado árido el protestantismo. Los espíritus más fuertes tienen necesidad del sentimiento.

† A los hombres grandes se les reconoce por sus enemigos: quien no los tiene, tampoco en compensación tiene amigos.

† El que sabe comprender y satisfacer el instinto de los pueblos se ve llevado y sostenido por ellos: el que lo desprecia o le cierra obstinadamente la puerta está perdido sin remedio. Para convencerse de esta verdad, basta leer la historia.

† Los caminos de hierro, símbolos de la igualdad, son la palanca fatal del socialismo, siempre creciente.

† Con bayonetas no se extrae plata de las entrañas de la tierra.

† En el arte de gobernar existe un hoy, un mañana y un ayer. El que piensa en mañana y obra en consecuencia desde hoy, siembra y cosechará: al que solamente piensa en hoy, el mañana casi siempre lo sorprende y lo devora; el que no habla más que de ayer para obrar en consecuencia hoy retrocede hacia el pasado.

† Los hábitos son unos puentes que permiten al tiempo marchar con rapidez y sin sacudimientos.

† Siempre se teme algo peor de lo que es en realidad, porque en ello toma parte la imaginación. Aun la muerte es menos terrible de lo que se pinta.

† Para los malvados arrepentidos no hay otro medio de purificación que atravesar el océano. En los bosques vírgenes se encuentra la penitencia y la rehabilitación.

† El príncipe debe estar sobre todos los partidos y, en un Estado bien ordenado, todos ellos deben estarle sometidos. Los prínci-



pes que se constituyen en jefes de uno y otro no deben asombrarse si un día caen con el partido a cuyo frente se han puesto.

† En la vida del mar nunca entra el fastidio, porque el mar presenta siempre imágenes nuevas y nuevo interés. Los habitantes de las costas son más avisados y más activos que los del interior.

† Hasta los treinta años se vive para el amor; de los treinta a los cuarenta para la ambición; de los cincuenta en adelante para el estómago y para los recuerdos.

† Santurronería y cobardía son hermanas.

† Toda novedad asombra; pero sólo a los débiles espanta.

† Poner en ridículo a un enemigo es matarle.

† Las mujeres tienen en general más tacto, imaginación y finura que los hombres, pero nada de lógica ni de razón: discutir con ellas es perder el tiempo.

† Ser leal es ser hábil.

Una vez leída esta obra útil y simpática, de la cual deberían sacar algún provecho nuestros políticos y toda clase de personajes públicos, no queda sino aprobar las conclusiones de Luigi Amara, él mismo estudioso y practicante del género aforístico, quien afirmaba entonces que “los aforismos de Maximiliano versan fundamentalmente sobre el buen gobierno, tanto de los pueblos como de la propia persona, e irónicamente despotrican una y otra vez contra el despotismo en todas sus acepciones. La asimilación de los hábitos individuales con las prácticas de las instituciones es una de las ideas rectoras; las mujeres y la descripción de las pasiones son otros de sus temas recurrentes. Al igual que las *Meditaciones* de Marco Aurelio, la evaluación del comportamiento de los gobernantes reaparece una y otra vez, cercada por amonestaciones y consejos; pero a diferencia del emperador romano, que en la estela del estoicismo hubo de asumir su deber como líder de un pueblo y actuar en consecuencia, en Maximiliano parecen haberse impuesto la curiosidad y el espíritu del coleccionista antes que el don de mando”. **U**